más fresca que las niveas azucenas en las mañanas limpidas de abril.

'il-

cía

es-

ad

la

cas

ñе

vi-

311-

er-

Isa

jos.

Tenia la cintura como un mimbre flexible y fina, el rostro angelical; su voz, su dulce voz, era de un timbre más suave que el canto de un turpial.

Al volverse hacia atrás y dar conmigo no atinó a recordarme, se turbó; más luégo que la hablé, mi acento amigo sus recuerdos de infancia despertó!

-Cómo, ¿sois vos? me dijo, conmovida. Vos aqui en la comarca! ¿La salud sentis de nuevo acaso enflaquecida y en procura volvéis de aire, de quietud?

No, Blanca, a otro pais voy de camino; dichoso fuera de descansar aqui; donde ha tiempo llegara peregrino disfrutando la calma que perdi.

Y bien lo siento a fe....; Ah, quién me diera habitar otra vez el romeral, perderme entre la viña en la pradera, beber el agua virgen del raudal!

No era este el deseo caprichoso del que aspira a una efimera merced; de olvido, de silencio, de reposo sentia el alma la profunda sed.

Pregunté luégo a la aldeana bella por su padre, que un dia me acogió bajo su techo hospitalario, y ella contestó suspirando —«¡Ya murió!»

-«¡Murió! ¿Cuándo murió?» — «Cumplirá un año lo que empiecen las uvas a pintar; Dios alejó al pastor de su rebaño, ¡Ah! si vierais, desierto está el hogar!»